Determinaba sobre un lecho que sus fieles amigos habian adornado con una pompa guerrera.

Canto Tercero.

Ya sopla un viento fresco precursor de la Aurora, y ésta se levanta, y mezcla sus rosas celestes con el oro de sus rayos. Todos los cristianos toman las armas; el campo resuena con sus gritos, y las trompetas no tardan en redoblar con sus marciales ecos la universal alegría.

Godofredo con mano sábia y prudente gobierna su ardor, que no puede refrenar: mas fácil sería contener las olas cuando se precipitan en el abismo de Caríbdis, ó el impetuoso Boreas cuando agita la cumbre del Apenino y sumerge las naves. Godofredo dá la señal de la marcha; esta es rápida, pero imponente y ordenada.

Todos vuelan; pero su vuelo no es bastante rápido para satisfacer sus deseos: creen que la tierra desaparece con demasiada lentitud bajo de sus pasos. Ya el sol desde lo alto despide sus dardos de fuego y abrasa la campiña, y Jerusalen se descu-

bre al fin: todos señalan con la mano á Jerusalen, y todos gritan: ¡ *Jerusalen, Jerusalen*!

No de otro modo el intrépido navegante que, por mares ignorados, y bajo un polo desconocido, busca nuevas regiones, vagando largo tiempo á merced de las ondas engañosas, y de los vientos falaces, si al fin descubre la tierra deseada, de lejos la saluda con gritos de alegría; así se la muestran los unos á los otros, y á su vista olvidan sus fatigas, sus trabajos y sus penas.

A la dulce alegría que inspira esta primera vista, sucede de repente una tristeza profunda mezclada de temores y de respeto. Apenas se atreven á fijar sus ojos en aquella Ciudad Santa, que un Dios escogió para su morada; donde murió, donde fue sepultado, y en donde, triunfante, recobró sus mortales despojos.

Débiles acentos, palabras sordas, y mezcladas de interrumpidos suspiros y lágrimas, espresan el dolor y el gozo confundidos. El aire se agita y murmura cual en la espesura de los bosques sopla el viento y resuena al traves de las hojas, y cual batida contra las rocas, deshecha sobre la orilla, silba la ola, suena y retumba.

Con los pies desnudos, á ejemplo de sus gefes, se adelantan ácia Solima; todos se despojan del oro y de la seda; todos se quitan sus cascos y sus

penachos: sus corazones humillados, compungidos, destierran el orgullo y las vanas pasiones, y los ojos llenos de lágrimas que la piedad les arranca, aun se acusan de no derramar bastantes.

"! Hé aquí, se dice cada uno de aquellos guerreros; he aquí, ¡oh mi Dios! esos lugares inundados con tu sangre! ¡Y mis ojos á su aspecto no se convierten en fuentes de lágrimas, y mi corazon helado no se deshace! Corazon duro, corazon insensible, ¡no te rompes, no te quebrantas! Tu mereces llorar eternamente, si no lloras hoy.

Entre tanto un infiel, que de lo alto de una torre observa la llanura y las montañas, descubre á lo lejos un torbellino de polvo: poco despues se le representa una nube que se adelanta resplandeciente, inflamada, y que parece ocultar en su seno el trueno y los relámpagos. En fin, distingue las armas, los hombres y los caballos.

"¡Cielo! esclama: ¡Qué torbellino de polvo oscurece los aires! ¡Qué tempestad nos amenaza!.. ¡Ciudadanos, á las armas!.. ¡Al combate!.. ¡Corred á las murallas!... ¡El enemigo se acerca!... ¡Apresuraos!.. Vedlo ahí... Ved ese horrible nublado que cubre la mitad del cielo.

Los niños, los viejos; turba débil y sin defensa; el vulgo de las mugeres, que no saben ni

atacar ni combatir, acudian á las mezquitas con sus ruegos y sus lágrimas. Los habitantes mas vigorosos, los mas esforzados, toman las armas: corren á las puertas: vuelan á las murallas, y Aladin, presente en todas partes, lo vé todo, y á todo estiende sus cuidados.

Expide sus órdenes y vá á colocarse en una torre elevada, de donde su vista descubre todas las avenidas de la fortaleza, y desde, donde puede observarlo todo, y dirigir á donde sea necesaria su presencia. Herminia está con él: la bella Herminia, que despues de la muerte de su padre y la pérdida de Antioquía, halló en su corte un asilo honroso.

Entretanto Clorinda busca á los cristianos; una multitud de guerreros la acompaña; pero ella se adelanta á todos. Argante, escondido en un puesto oculto, está pronto á sostenerla; y con sus acentos, y mas aun con su aire intrépido, anima á sus compañeros. "Vamos, les dice; fundemos heróicamente en el primer paso la esperanza del Asia.

En tanto un grueso de cristianos á quien habia conducido lejos del campo la sed del botin va á reunirse al ejército con los ganados que ha arrebatado, Clorinda se precipita sobre ellos. Su gefe la vé, y la acomete él mismo. Este es Gardon,

esforzado guerrero, pero no tanto que pueda resistir á Clorinda.

Los dos se encuentran y cae derribado Gardon á la vista de los suyos y de los infieles, que dan gritos de alegría; y de este primer suceso sacan para el resto de la guerra un feliz, pero vano agüero. Clorinda le atraviesa de parte á parte, su mano se multiplica y dá cien golpes á la vez, y sus guerreros la siguen por el camino que les ha abierto su espada.

Clorinda recobra la presa, los cristianos ceden, y se retiran á pasos lentos á una pequeña altura en donde se reunen y se sostienen. Entonces, tal como el relámpago que se arroja sobre la tierra desde el seno de las nubes, el valeroso Tancredo, por órdenes de Godofredo, vuela á su socorro.

A su semblante intrépido y terrible, á su noble aspecto, Aladin juzga que es uno de los mas distinguidos entre los héroes de los cristianos. "Princesa, dice á Herminia, que siente ya palpitar su corazon: una larga guerra os habrá enseñado á conocer á esos guerreros aun bajo la armadura que les cubre. ¿Quién es aquel cuyo ademan es tan soberbio y tan marcial su presencia? Herminia quiere responder; los suspiros acuden á sus labios, pero los retiene sin embargo: las lágrimas se agol-

pan á sus ojos humedecidos, y sus labios trémulos, hacen inútiles los esfuerzos, y descubren su corazon.

En seguida, ocultando bajo el velo del ódio un sentimiento mas dulce: "¡Ah! yo le conozco demasiado; poderosas causas, señor, han grabado sus facciones en mi alma, y me han enseñado á conocerle. ¡Cuántas veces le he visto inundar la llanura con la sangre de mis vasallos, y cegar nuestros fosos con sus cadáveres. ¡Oh Cielo! ¡cuan fuerte es en herir! No hay yerbas, no hay secreto que cure las heridas que él hiciese.

»Es Tancredo. ¡Ah! ¡Si algun dia llegase á ser mi prisionero! No quisiera verle morir en el combate; pues le quisiera vivo; y que la dulce venganza calmase la angustia que me agita. Dijo: con estas últimas palabras exala un suspiro que en vano quiere contener; y Aladin atribuye al ódio los acentos del amor.

Entre tanto Clorinda corre á Tancredo, que se precipita sobre ella. Los dos se alcanzan en la visera, y sus lanzas saltan hechas pedazos; pero el lazo que prendia el casco de Clorinda se rompe con el golpe: queda con la cabeza desnuda y desarmada, y sus cabellos de oro flotan á la merced del viento, y el guerrero temible se transforma en celeste beldad.

Los ojos brillan, sus miradas son relámpagos; pero suaves aun en la cólera: ¿qué serian animados por la risa? ¡Tancredo, Tancredo! ¿en donde fijas la vista? ¿A dónde conduces tu pensamiento? ¿No conoces ese rostro adorado? ¡he aquí las facciones que inflamaron tu alma! Tu corazon, en donde está grabada su imágen, te dirá: He aquí aquella hermosura que fue á buscar la sombra y el reposo en aquella fuente solitaria.

Tancredo no la conoció, ni por su casco, ni por su escudo lleno de trofeos, mas al fin la vé; y queda inmóvil á su vista. Clorinda, cubierta la cabeza, persigue á Tancredo, que cede y se retira: carga este á otros guerreros; disipa la muchedumbre con su fulminante espada; pero Clorinda, en pos siempre de él, le persigue, le alcanza, y con voz amenazadora le grita: "Ven, detente;" y á un tiempo le amenaza con dos muertes.

El guerrero acometido no acomete á su contrario. Menos ocupado en su defensa, que en aquellos ojos, de donde el amor arroja dardos inevitables: los golpes que dirige tu brazo, decia entre sí, se pierden en el aire; pero los que parten de este bello rostro todos alcanzan y van á herir mi alma.

En fin, aunque sin esperanza y resuelto á morir, no quiere llevar á la tumba el secrero de su amor. Quiere que sepa al menos Clorinda que vá á

herir á un cautivo inerme y suplicante. "¡Oh tú, dice, que en medio de tantos enemigos pareces no tener otro mas que yo; ven, salgamos de la pelea; solos, sin testigos, podremos medir nuestras armas; entonces se verá si mi valor iguala al tuyo!

Ella acepta el desafío; y sin cuidarse del casco perdido se adelanta con osadía. Tancredo la sigue triste y abatido: ya ella agita sus armas y vá á acometerle, cuando: "detente, la dice Tancredo; fijemos las condiciones antes de combatir.

Párase Clorinda, y el amor desesperado hace á Tancredo mas atrevido. "Pues que no quieres la paz conmigo, le dice, las condiciones serán que me arranques el corazon. Este corazon, que no es mio, pide la muerte, si su vida te desagrada: hace largo tiempo que es tuyo: tómale; yo no puedo ya defenderle.

"He aquí mi seno: ¿Por qué no hieres? ¿Necesita de socorro tu brazo? ¿Quieres un pecho mas desnudo y sin defensa? mi mano desceñirá la coraza." El desgraciado amante iba á espresar aun con mas energia sus dolores, cuando los infieles ceden, y las tropas de Tancredo les persiguen.

Por terror ó por astucia los infieles huyen delante de los cristianos. Uno de estos, un bárbaro, vé los cabellos de Clorinda esparcidos

flotar á la merced del viento: levanta el brazo y vá á herirla por la espalda: Tancredo dá un grito: Tancredo corre, y opone su acero al del homicida.

Mas el golpe no fue descargado en vano. Clorinda recibe una pequeña herida: algunas gotas de su sangre matizan la azucena de su cuello, y mezclan la púrpura con el oro de sus cabellos, tal como se vé en la mano de un habil artista brillar el oro con el fuego de los rubíes. Tancredo furioso acomete al vil asesino.

El cobarde se aleja: Tancredo le persigue, y los dos vuelan como el dardo por el aire. Clorinda atónita, inmóvil, fija la vista largo tiempo sobre ellos, y no piensa en seguirlos. Al fin, se retira con su tropa que huye: pero ya hace frente á los cristianos, ya los ataca, ya cede, ya vuelve á la pelea: huye y persigue alternativamente, y su marcha ni es una derrota ni una victoria.

Así se vé al soberbio toro que combatiendo en el circo con los alanos, si les presenta el asta los ahuyenta, y si huye vuelven sobre él mas atrevidos y le acosan. Clorinda en la huida cubre su cabeza con su escudo cual el moro en sus juegos, que pára, aun huyendo, los golpes de su contrario.

Ya sarracenos y cristianos se hallaban bajo las murallas de Solima, cuando de repente los infieles

arrojan horribles gritos; dan un gran rodeo, vuelven sobre el enemigo, y le acosan por la espalda. Argante entonces con su tropa se mueve y le ataca por el frente.

El feroz Circasiano sale de las filas impaciente por dar el primer golpe. Ya un guerrero, abatido á los pies de su caballo, ha medido el suelo, otros caen á su lado, y en tanto su lanza terrible se rompe y vuela hecha pedazos. Argante empuña su espada, desordena á los cristianos, y mata ó hiere á todos los que alcanza.

Clorinda, su émula, cortó los dias del valiente Ardelion. Este guerrero en una edad avanzada conservaba un ardor indómito; tenia dos hijos, apoyo de su vejez; ¡apoyo inútil en aquel fatal momento! Alcandro el mayor, herido gravemente, no puede ya defender al caro padre. Poliferno, que combatia aun á su lado, apenas puede salvarse á sí mismo.

Entretanto Tancredo, que no pudo alcanzar al bárbaro, monta sobre un caballo aun mas agil que el suyo; vuelve la vista ácia su espalda y vé que un ardor imprudente ha precipitado á los cristianos. Los vé envueltos por todas partes; acude á su socorro, y una tropa de guerreros, tropa que vuela á donde el peligro los llama, se precipita detras de él.

Estos son los aventureros, la flor de los héroes, lo escogido y fuerte del ejército: Reinaldo, el mas animoso y el mas bello se adelantaba á todos. Herminia le conoce al instante por su ademan altivo, y por el águila que lleva sobre un campo azul. "Mira, le dice al rey, que fijaba en él la vista; mira en ese mancebo al mas intrépido de los guerreros."

"No hay tal vez en el universo un rival digno de él, y aun no es mas que un niño. Si el ejército enemigo contase seis guerreros tan terribles, el Asia vencida gemiría ya bajo el yugo de los cristianos; los pueblos del mediodia y de la aurora temblarian bajo sus leyes; y tal vez el Nilo con su dilatado curso no podria sustraer á su dominio su orígen desconocido."

"Reinaldo es su nombre: su brazo irritado es mas temible para nuestras murallas que las máquinas destructoras. Pero dirigid mas lejos vuestra vista: ved aquel guerrero cuya cota es de oro y verde: aquel es Dudon, ilustre por su nacimiento y por sus hazañas; guia á los aventureros: es su igual en el valor, y su edad le ha puesto á la cabeza de ellos."

"Aquel otro cuya marcha es tan denodada, y cuyas armas son oscuras, es Gernando, hermano del rey de Noruega. La tierra no sostiene un mor-

tal mas orgulloso; y este vicio es el solo que oscurece el brillo de sus acciones. Mirad á aquellos dos cuya armadura y adornos son blancos; el uno es Geldippa, el otro Odoardo, amantes esposos, nombrados por su valor, y mas aun por su ternura y su fidelidad."

Entretanto la pelea se anima y la sangre forma arroyos. Tancredo y Reinaldo han roto la valla espesa de armas y de guerreros que les rodean. Dudon y sus héroes llegan y multiplican los golpes y la muerte. Argante, Argante mismo, á los esfuerzos de Reinaldo titubea, cae, y apenas se levanta.

Sin duda el bárbaro hubiera perecido, pero en aquel momento cae el caballo de Reinaldo y le arrastra en su caida. Mientras que levantan al héroe, los infieles se rehacen y huyen ácia Solima: Argante y Clorinda quedan solos, y los dos forman un dique contra el torrente enemigo.

Marchan estos los últimos: el ímpetu de los cristianos se detiene á su presencia, y tal vez se debilita; y á la sombra de su brazo los sarracenos escapan del peligro. Entretanto Dudon, fogoso, sigue la victoria, precipita su caballo contra Tigranes, le derriba, y con su espada le corta la cabeza.

A Algazar le defiende en vano su coraza, y el robusto Corban no halla defensa en su casco. Amurates pierde á los golpes del héroe una vida que tan-

to amaba. Mahomet y el cruel Almanzor yacen tendidos en la arena, y el fiero Argante mismo no intenta ya defenderse de sus tiros.

Tiembla de furor; algunas veces se detiene y se revuelve; luego cede: en fin, de repente cae sobre Dudon, y de un revés le abre en un costado una profunda y mortal herida. El guerrero cae, y cierra sus párpados el sueño de la muerte.

Tres veces abre los ojos para buscar la luz: tres veces apoyado sobre un brazo se esfuerza á levantarse: tres veces cae. Tres veces se estendió sobre su vista un espeso velo: en fin, ésta se oscurece, y sus pupilas se cierran para siempre. Un sudor frio se esparce sobre sus miembros inmóviles, y la mano de la muerte los paraliza y los hiela. El feroz Argante no se detiene sobre este cuerpo exánime, y continúa su marcha.

Sin embargo, se vuelve ácia los cristianos y les dice: «Guerreros, esta espada sangrienta es la que ayer me regaló vuestro general: decidle el uso que he hecho hoy de ella; esta noticia debe lisonjearle, y sabrá sin duda con placer que la bondad de su regalo corresponde á su riqueza."

«Decidle que no tardará él mismo en hacer igual esperiencia; y que si no viene á atacarme, yo iré á buscarle hasta en su tienda. Al oir su fiera amenaza todos los cristianos irritados se disponen á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

precipitarse sobre él; pero tan veloz como el rayo se ha reunido ya á su tropa, y encuentra con ella un asilo seguro en los muros de Solima.

Desde lo alto de sus murallas los sarracenos hacen llover piedras, y una nube de flechas oscurece el cielo. Los cristianos se ven obligados á retirarse, y los sarracenos entran en la ciudad, y entretanto Reinaldo, restablecido de su caida, corre á reunirse á los suyos.

Vuelve lleno de cólera á vengar la muerte de Dudon en su bárbaro asesino. "¿Qué os detiene aun? grita á sus compañeros. ¿Qué esperais? Pues hemos perdido el gefe que nos conducia, ¿por qué no corremos á vengarle? ¡Cómo! ¿En la justa cólera que nos anima se estrellará nuestro valor en una débil muralla?"

«No; aunque esa muralla fuese de acero ó de diamante, jamas encontrará en su recinto el feroz Argante un asilo impenetrable contra nuestros golpes. ¡Al asalto! dice; y el primero se adelanta á la marulla. Al abrigo de su cabeza no teme ni la nube de piedras que le arrojan, ni los dardos que le lanzan de todas partes.

Sobre su frente altanera se presentan la audacia y el terror, y hasta en el seno de las murallas su vista introduce la confusion y el espanto: anima á los cristianos, amenaza á los sarracenos;

mas de repente un freno impensado llega y contiene su ardor. Era el prudente Sigier, el ministro severo de las órdenes de Godofredo.

Reprende en nombre del gefe su indiscreto ardor, y les manda volver inmediatamente á los reales. «Retiraos, les dice: no es este el momento de abandonaros á vuestra cólera: Godofredo lo manda: obedeced." A estas palabras Reinaldo se detiene, pero su rostro dá claras señales del mal reprimido furor.

Los cristianos se retiran y el infiel, testigo de su retirada, no se atreve á inquietarla. El cuerpo del generoso Dudon no quedará sin los honores debidos: sus fieles amigos, anegados en lágrimas, elevan en sus brazos aquellos honrados despojos, mientras que Buillon desde una altura examina la situacion y las fortificaciones de Solima.

Solima está fundada sobre dos colinas opuestas de igual altura; y un valle las separa y divide la ciudad, que por tres lados es esta casi inaccesible: el cuarto, que es combatido por el norte, presenta mas facil y llana la subida, y fosos profundísimos altas murallas le rodean y defienden.

En su interior hay depósitos en donde se conservan las aguas llovedizas, canales, y aun fuentes de agua viva: sus alrededores son áridos y estériles. Pero ninguna fuente, ningun arroyo baña

la tierra, ni hay flores que la embellezcan, ni un árbol que la defienda de los rayos del Sol; y unicamente á seis millas de distancia se eleva un bosque cuya sombra funesta inspira la tristeza y el horror.

Por el lado que el sol la ilumina con sus primeros rayos el Jordan derrama sus ondas ilustres y afortunadas, y al Occidente brama el Mediterráneo sobre las arenas que le detienen: al Norte se halla Betel, que erigió altares al becerro de oro, y la infiel Samaria; y ácia el lado oscurecido con las lluvias y las borrascas está situada Belen, cuna del divino Redentor.

Mientras Godofredo considera la ciudad, su posicion y sus contornos; mientras calcula la posicion de su campo, y el lado por donde puede atacar con mas ventaja, Herminia le descubre, y mostrándoselo al rey: "Aquel guerrero, le dice, que ves cubierto con un manto de púrpura, de ademan augusto y magestuoso, es Godofredo."

"Nacido sin duda para el imperio, sabe reinar y mandar; gran general, esforzado caballero, valiente soldado, combate como manda: entre esa muchedumbre de cristianos no puedo mostrarte ni un guerrero mas intrépido, ni un hombre mas sábio. No tiene mas rivales que Raimundo en el consejo, Reinaldo y Tancredo en las batallas."

"Yo le conozco, dijo Aladin, y le he visto

hace tiempo en Francia, en aquella corte soberbia, siendo yo embajador del rey de Egipto. Le he visto manejar la lanza en los torneos: apenas salia de la infancia cuando ya su presencia, sus discursos, sus acciones le presagiaban los mas altos destinos.

¡Presagio ¡ah! demasiado cierto! "A estas palabras Aladin se turba y baja la vista: pero recobrando un aire mas tranquilo:" ¿Quién es, dice, aquel guerrero que parece su igual y vá á su lado? Es de inferior estatura, pero le semeja en las facciones. Ese es Baldovino: su figura, y mas que todo sus proezas, anuncian que es su hermano.

«Aquel otro que está al lado de Godofredo, y que parece hablarle, es Raimundo cuya prudencia te he alabado: ese anciano ha encanecido en la guerra, y nadie como él sabe disponer una estratagema. El que ves mas lejos con yelmo de oro es Guillermo, hijo del rey de los britanos."

"Aquel es Güelfo, digno rival de los héroes, ilustre por su dignidad, y nacimiento: yo le conozco por su ancha espalda y dilatado pecho. ¿Pero dónde está mi cruel enemigo, el homicida Bohemundo, el destructor de mi familia? Mis ojos no le encuentran entre tantos guerreros?"

Godofredo, despues de haberlo visto y examinado todo, vá á unirse con los suyos. Convencido de

que en vano atacaría á Solima por los puntos escarpados y de difícil acceso, hace sentar sus reales frente á la puerta septentrional, en la llanura que ésta tiene delante: desde allí los prolonga hasta por encima de la torre angular.

En este espacio se encierra el tercio de la ciudad. Godofredo no podia circundarla, pero impide que lleguen socorros haciendo ocupar todos los pasos.

Cubre con trincheras su campo contra las salidas de la plaza y ataques del estrangero; y para mayor seguridad abre fosos anchos y profundos. Satisfecho tan importante cuidado, vá á tributar al generoso Dudon los honores fúnebres, y una multitud dolorida rodea el cuerpo de aquel héroe.

Reposaba sobre un lecho que sus amigos habian adornado con pompa guerrera: á la vista de Godofredo exalan los guerreros su pena con acentos mas amargos y penetrantes. Buillon no se manifiesta ni sereno, ni abatido: todo su dolor está en su alma. Recogido en sí mismo, fijos los ojos en el cuerpo de Dudon, guarda silencio por algunos instantes, y al fin le dirige estas palabras:

"¡Generoso guerrero: no eres tú por quien debemos exalar suspiros y derramar lágrimas, porque no has muerto sino para resucitar en la morada de la felicidad! ¡Estos lugares en que

has dejado tus despojos mortales estan llenos de tu gloria y tus virtudes: has vivido y has muerto como cristiano, y dichoso en el seno del Eterno, que corona sin duda tus trabajos, nadando en su inmensidad, te embriagas ya en sempiternos placeres!

¡Goza de tu dicha; nuestra suerte es digna de lágrimas, no la tuya. Perdiéndote, hemos perdido la mejor parte de nosotros mismos; pero si este accidente, que el vulgo llama muerte, nos priva del socorro de tu brazo, tú podrás desde las moradas celestes obtenernos los del Todopoderoso!"

"¡Mortal, te hemos visto combatir por nosotros: inmortal, hoy fortalece nuestras armas con tus armas invisibles. Sé nuestro intercesor en el Cielo; sé nuestro refugio y nuestro amparo en los peligros; y un dia victoriosos y triunfantes, iremos á cumplir en los templos los votos que ahora te hacemos!

Así habló Buillon. Ya la noche cubria la tierra con su sombra, y el sueño vino á calmar la pena y suspender el dolor y las lágrimas de los cristianos; pero su gefe, todo ocupado en el asedio de Solima, piensa en construir máquinas para el asalto, y no se entrega sino un momento á las dulzuras del descanso.

Se levanta con el Sol, y él mismo quiere acompañar la pompa fúnebre: á la vista del campo, al pie de una colina se le habia preparado á Dudon una tumba de ciprés en que depositan el cuerpo del guerrero: una frondosa palmera le cubre con sus ramas, y los sacerdotes con cánticos piadosos imploran la clemencia celeste.

De las ramas de la palmera penden los trofeos y las armas que Dudon, en combates mas dichosos, habia ganado á los sirios y á los persas: en el tronco se coloca su propia armadura, y esta inscripcion sobre el sepulcro: *Aquí yace Dudon: caminante, honra las cenizas de un héroe.*

Despues de haber llenado tan piadoso y triste deber, Buillon envia á todos los trabajadores al bosque vecino bajo una segura escolta: este se halla escondido entre unos valles, y un sirio le hizo conocer á los cristianos, y allí van á prepararse los instrumentos de la pérdida de Solima.

Todos animados de igual celo hacen gemir los árboles bajo los golpes redoblados de su hacha, ultrajes que hasta entonces jamas habian esperimentado. La palmera sagrada, el fresno salvage, el fúnebre ciprés, el pino, la encina caen bajo el acero cortante, y el olmo espira con la vid que le abraza.

Abaten igualmente al tejo hermoso y al roble

antiguo que vieron mil veces renovarse la primavera, y sus hojas, que mil veces resistieron inmóviles á los vientos conjurados. Los carros gimen, los ejes crugen al peso de que estan cargados; y al ruido de los golpes, á los gritos confusos de los cristianos las fieras dejan sus guaridas, y los inocentes pajarillos abandonan su morada.